

*coram te, nec infans cujus est unus diei vita
super terram*"

Y convencida de la alta verdad, contempló á las chiquillas que dormían, las que, más inocentes que ella misma, también pecaban, á su manera, pero pecaban. Decíalo el sacro libro y no podía mentir, no mentía:

—“Nadie hay exento de pecado en Vuestra presencia; ni aún el niño que sólo vivió sobre la tierra el espacio de un día!”

TERCERA PARTE

I

Las últimas páginas de la magna obra de fray Paulino, tocaban á su fin. El autor andaba en los ornatos postrimeros del libro, cuando á los manuscritos amontonados se les quiere quizá más que cuando la imprenta los entrega vestidos ya de viaje, hasta para la posteridad tal vez. El natural temor en todo literato, — y en un místico tan acendrado como el jesuíta, mayor aún, — de que la muerte venga é interrumpa el trabajo, lo deje incompleto, y la incuria de deudos

y extraños ayude aunque involuntariamente á la destrucción del tiempo, y las hojas acariciadas y releídas, con la ausencia eterna del dueño se vuelen y desperdigen por los infinitos senderos del olvido, tal temor fray Paulino tenía derrotado. Podía morir ya, su labor de tantos años estaba concluída, dispuesta á sobrevivirlo, á ir y alegrarle las tristezas mismas de la tumba. Circunstancia que justificaba sus afanes de terminar el índice, de ordenar las eruditas notas, de entregar al editor el grueso volumen y verlo, por remate, encuadernado, nítidamente impreso, asomando orgulloso tras de las vidrieras de los librerías, oliendo á esa humedad especial de los libros recién nacidos y abrir el primer ejemplar y extasiarse ante él, que de fijo se extasiaría; el único hijo que érale permitido engendrar y lucir sin bochorno, habíalo engendrado miembro á miembro, con todo su cerebro y con todo su corazón, sorprendiendo sus balbuceos iniciales, sus gracias, sus mohinas.

.... Y manoseaba las cuartillas, de clásica escritura española, por el puro placer de

manosearlas, de recrearse en ellas, de releerse muy formal y muy en alta voz los pasajes preferidos, los giros mimados, los comienzos de aquel capítulo y lo atinado de esta cita. Vaya, que el bueno del padre, á pesar de sus teologías y experiencia, estaba como cualquier hijo de vecino á quien le tiran las letras y que se halla á punto de publicar su primogénito intelectual. Hasta se permitió, con grave perjuicio de sus años, prolongar las vigiliás, robarle á su sueño indispensable y corto de anciano, lo que no se atrevía á robar á sus feligreses y ocupaciones. Veló varias noches, doblado sobre su arcaica y apolillada mesa de encino, con su par de velas á los lados, montados á remache en la nariz sus pesados anteojos de présbita, próximo á su querida biblioteca y, al alcance de la mano, sus autoridades respetadísimas y favoritas; á las que siempre acudió en sus trances de duda ó en sus trances de apuro: san Alfonso María de Ligorio, el gran san Alfonso con sus "Casos de Conciencia", y san Agustín, el gran convertido, con sus admirables "Confesiones"! ¡Lo que los

consultaba y lo que en ellos aprendía! ; los innúmeros registros de papel con que tenía marcados los tomazos en pergamino! Por supuesto, sin contar la Biblia, ese monumento por excelencia, pasmo y admiración de tirios y troyanos! Y claro, su libro suyo, "Del Pecado", su libro queridísimo, sin pueriles vanidades de autor novel— autor novel y en la vejez!— creíalo honradamente pensado, no de lo peor escrito en cuanto á estilo, y en cuanto á trascendencia..... ahí sí que se rifaba con el mejorcito de sus contemporáneos, que le echaran el pie atrás, si podían, ¿á que no?... No faltaría más, hombre, no faltaría más, ¿acaso todo el mundo puede espigar en el inmenso y doliente campo de almas, en el que él, por su ministerio augusto, había espigado? Vamos, vamos, que ni en broma toleraba el disparate, no señor, ni en broma. Como garantía estaba ahí su vida entera de sacerdote á las derechas, sin complacencias ni concesiones; disciplinándose él el primero para poder luego disciplinar á los demás. Después, su método para escribir; esa su

genial invención de dividir el pecado humano en dos grandes grupos, los que á su vez se subdividían en otros muchos, medianos, veniales, pequeños. Su libro pintaba el cielo, el trágico cielo que principia en el pecado original, perdonable con una sola gota de agua bendita, pero que engrosa y crece conforme crece la criatura; que dentro de ella aumenta en cantidad y calidad, y cual desbordado torrente arrastra los espíritus á su perdición, sin que ni la Iglesia pueda oponerle un dique ni salvar al réprobo, cuando el pecado alcanzó ya su desarrollo máximo. Fray Paulino pintaba todo eso, mas pintaba también el pecado involuntario; el pecado de la gente de claustro, hombres y mujeres; el pecado infantil, que casi no lo es. Seguidamente, hablaba con patética altura del arrepentimiento, que bautizaba de "flor divina y maravillosa, susceptible de crecer en el más pestilente y corrompido pantano, y purificarlo y limpiarlo, si la mano del sacerdote que la siembra ó cultiva, amén de estar ungida es guiada por la fe." Y aquí el

asceta se remontaba al ideal, alcanzaba elocuencia de iluminado; los renglones mismos de su libro, en esta materia, parecían animarse, haber pecado, y arrepentidos, enseñar cómo debe ser el verdadero arrepentimiento, el del creyente que se refugia en su Creador, ardiendo en contrición, sin arrepentirse por miedo á los castigos, sino porque le duele haber pecado por el pecado en sí. ¡Cómo se revelaba ahí el ánimo recto del justo varón, su anhelo secreto de redimir delincuentes con el sacerdocio, y redimidos ya, ofrecérselos á Dios, devolverle lo suyo, estas ovejas descarriadas que retornan contentas á la santa grey, con tal de que un pastor enérgico las conduzca! En ocasiones, cuando sin duda había tropezado en el confesonario con alguno de esos infelices que llegan á connaturalizarse con el pecado y por más esfuerzos del director espiritual, ellos siguen, á la manera de los cerdos, gruñendo de placer al revolcarse en el fango, fray Paulino vertía sus tristes desesperanzas en el papel, como impotente para descubrir

jamás la panacea de las almas enfermas. En cambio si había logrado reconquistar á uno de estos encenegados, su libro reflejaba la victoria, entonaba un *hossana* de gratitud, que "parecía ser parte del himno gigante que el día del Juicio final han de entonar los millones de arrepentidos y los millones de perdonados; de ese himno que atronará los aires, que será acompañado con armonías nunca antes oídas, por las angélicas trompetas del fabuloso ejército alado de serafines, y que simbolizará una inmensa acción de gracias, en ese momento único que los siglos y los soles y los astros todos se detendrán á contemplar: la humanidad entera, revestida con la inconcebible y apocalíptica "resurrección de la carne"— esta nuestra carne inmunda y pecadora!— ascendiendo á Dios, á lo inmortal, á lo inconmensurable, á la *lux lucem*, la luz de las luces, Quien con los misericordiosos brazos abiertos y extendidos, abrigará en su seno, para siempre, á ese conjunto mónstruo y soberano de seres en inimaginable apoteosis y sacrosanto olvido de lo

malo; en sublime beso de despedida á la miseria humana, que no volverá á existir nunca, nunca, por lo que el globo terráqueo, huérfano de hombres y por consiguiente de maldades, opaco, desierto é inútil, seguirá moribundo, una trayectoria de abandono y sombras, por los eternos espacios infinitos !”

Leía fray Paulino este cuadro y se estremecía de legítimo orgullo, porque había salido de una vez, como revelación espírita que á la carrera conduce la mano del *medium*, y porque lo consideraba una de las páginas más excelentes de su libro, de las que le producirían aplausos y bendiciones á él,—mísero é imperfecto instrumento,—y prosélitos á la ganada causa del catolicismo. Cosa rara! siendo jesuíta fray Paulino, y jesuíta de empuje, no se registraba en las trescientas hojas del libro la menor injuria, la menor alusión hiriente para los alejados de la Iglesia, para sus adversarios y enemigos. En su lugar, y como si lo que describía lo contagiara, flotaban en los apretados capítulos auras de piedad y benevolencia para

todos, los comulgantes y los excomulgados. En donde asimismo habíase levantado mucho, era en la peliaguda cuestión de las causas finales, que abordaba y resolvía con una sangre fría poco común y con aplomo tal, que más parecía narrador de cosas vistas que teólogo que infiere y prejuzga con problemático acierto. Encarábase frente á las famosas causas, sin asomo de pavora, “cual conviene,—decía—á quien siempre despreció la materia y se preocupó del espíritu.” Firme en su dogma, no admitía ni que hubiera personas serias que dudaran de la *post-vitam* que garantiza el credo católico; á los que tal opinaban, considerábalos orates y de ellos se dolía, “como me he dolido siempre de los ciegos de nacimiento que jamás conocerán la luz; de los condenados á caminar á tientas, á inspirar lástimas y á ignorar la belleza en sus manifestaciones perceptibles al sentido de la vista, que son las más á nuestro alcance porque no requieren ni especialización ni estudios previos, pues vemos y respiramos sin valorar mercedes tamañas, en tanto de ellas no

carecemos ó en tanto no oímos de ellas el coro de alabanzas que les prodigan los que disfrutan de sus beneficios." Paso á paso, llegaba á formular la pregunta formidable:

—“¿Á dónde van los muertos, nuestros muertos?”

Y con fruiciones de convencido, con tranquilidades de filósofo, repetía la pregunta después de cada párrafo, de cada considerando, de cada probabilidad; repetíala una y mil veces, con el manifiesto intento de convertirla en idea fija, en obsesión, pero en obsesión consoladora y dulce, que familiarizara á los fieles con el austero problema incierto, despojándolo de los horrores que le prestamos:

—“Á dónde van los muertos, nuestros muertos?”

Él tomaba el problema desde su principio, la vida como unidad inmutable, sin interrupciones ni soluciones de continuidad, en transformación perenne á la que en nada estorban los dos accidentes, para nosotros principales, del nacimiento y de la muerte; la vida riése de entrambos y persiste en su

curso fatal que ignoramos, sacando de la mismísima muerte fuerzas nuevas y nuevas vidas. . . . Entonces se impone el deber cristiano de diferenciarnos de la bestia, si á tiempo despreciamos la carnal envoltura y enderezamos nuestros actos á sólo atender al prisionero, el espíritu, que con la muerte, recobra su libertad y va y se posa á los sacratísimos pies de El que lo formó y envió á sufrir á este desventurado valle de las lágrimas, vestíbulo indudablemente de algo muy superior. Explicadas así las cosas, debían borrarse,—según fray Paulino,—las congojas que nos asaltan al dejar de ver á una gente querida, hijo, padre, lo más íntimo, lo más compenetrado con nosotros, que nos desolamos por una falsa noción de los hechos, porque tenemos más materia que inteligencia y no comprendemos la muerte sino con rigideces, cirios y paños negros, y al cementerio lo suponemos depositario de nuestros amados desaparecidos, quienes ni por un instante lo visitan, pues se ciernen por encima, por donde suben nuestras paces, las que sí los alcanzan,

envuelven y santifican. Suponiéndolos en el lugar intermedio, en el Purgatorio, antes hemos de envidiarlos que de compadecerlos; más felices que los que nos quedamos en espera de nuestro turno, ellos ya se desentendieron de pequeñeces y miserias.

En el Infierno, ocupábase apenas; no porque dudara de su existencia ni menos de que la maldad de los hombres á él se ha hecho acreedor, sino porque confiaba en la inmensa piedad divina que lo perdona todo.

Y cerraba el libro con una especie de antífona multiforme y sincera: todas las edades y todas las razas, tocadas al fin por la gracia, gemebundas y contritas, acabando en lo que de acabar tenían, en el rebaño bíblico de blancos vellones en pos del Cordero Pascual, escoltado por los sacerdotes, sus pastores naturales, que por favor excelso del Espíritu Santo y no por propia virtud, han ido apartándoles las espinas del camino para que sanos y salvos lleguen al término de su jornada y por los siglos de los siglos reverencien y veneren á Dios Todopoderoso, al par de los mismos sacer-

dotes, al fin y al cabo, tan impuros y frágiles como el enorme rebaño redimido....!!

Retozábale el gusto á fray Paulino junto á su obra concienzuda, próxima á publicarse y á salir en busca de incrédulos y de tibios.

Aquella tarde, era la señalada para la audiencia con su Ilustrísima el señor arzobispo, y era también tarde de confesiones en el colegio del Santo Espíritu; pero regocijado con su éxito,—que seguro creía,—no vaciló, y sin sospechar que sor Noeline necesitaba más de sus consejos que él de la arzobispal audiencia, envió atenta esquila á la superiora anunciándole que no lo aguardarán ese día, que iría al siguiente.

Muy poco antes de las Oraciones, se echó á la calle; recogida la sotana en la cintura; debajo del brazo y envuelto en cartones y periódicos, el original de su obra, y todo él, bien abrigado en su capa, que noviembre acababa y el frío delgado de la nobilísima ciudad hacía sentir más de lo regular. Con objeto de hallarse sereno y elocuente en la entrevista, optó por encaminarse á

pie y andando hasta la morada archiepiscopal, lo que le permitiría serenarse durante el trayecto, sobreponerse á su contento y no delatarse frente á su jefe con las alegrías que por el cuerpo le retozaban. Salió de su iglesia, dobló á las calles de San Francisco, y sin quererlo, pero sin repugnarlo tampoco, hallándose en excelente estado de ánimo, dejóse de buen grado subyugar por el grato espectáculo de nuestra avenida principal; se abandonó á sus desbordantes alientos vitales; átomo y todo, se incorporó al torrente y dentro de sus ondas se arrastró con él; ambos llevaban el mismo rumbo, hacia el centro. Los cientos de carruajes, propios y de punto, que regresaban del Paseo, regresaban paso á paso, uno tras otro, tan próximos, que para evitar una lanzada, cuando alguno de ellos se detenía y con él la larga cadena, el cochero sin volverse, enarbolaba el látigo, á la inglesa, para que el que le seguía contuviera su tronco, quien en efecto conteníalo y á su vez repetía la seña, que el otro y el otro y todos imitaban,

hasta los simones que por debilidad de sus jamelgos, no había que contenerlos de antemano, conteníanse solos. En las aceras, flujo y reflujo de gente que iba y que venía, y en los bordes de ellas, alineados, una porción de masculinos riendo y charlando á voces, saludando, aparentemente felices. Las tiendas, las cantinas, los cafés, iluminados, derramando chorros de luz en el empedrado, en donde se confundía y mezclaba con la vacilante y diminuta de los faroles de los coches y con la serena y casi lunar de los focos eléctricos, atravesados en las bocacalles, imitando enormes fresas de ópalo, á punto de desprenderse de algún árbol antediluviano é invisible. Rótulos, cristales y mercancías adquirían brillos exagerados de escenario de ópera; en la puerta del Jockey Club, en la del Casino Nacional y tras de las ventanas de los cafés, distinguíanse grupos gesticulantes y animados; del fondo de los carruajes, en su lenta procesión, escapábanse fragmentos de risas sin dueños, de perfumes desvanecidos, rápidos *frufriús* de sedas, y, asomándose de

cuando en cuando por el marco de una portezuela, un rostro de mujer, con sombrero de terciopelo y flores, que veía algo, para en seguida hundirse en las negruras de que acababa de surgir. En las esquinas y donde la luz de los mercaderes era muy poderosa, un haz de rayos de plata alumbraba instantáneamente los interiores de los coches y cual aduanero mal educado delataba su contenido de bustos femeninos reclinados en los testers ó acercándose y alejándose entre sí según los vaivenes y las necesidades de la conversación. Los *restaurants* arrojaban un incitante vaho de cocina; las cantinas uno repugnante y alcohólico; los granujas voceaban los periódicos del día y del siguiente; aspirábase humo de puros y cigarros; los tranvías ensordecían con sus cornetas, y de la ciudad caldeada por el sol, por la lucha y las congojas de sus moradores durante todo un día, salía un murmullo de prodigioso hormiguero humano que acaba la diaria labor y como se sabe condenado á recomenzarla mañana, y después, y siempre, se permite una tregua

y se despereza, estira sus miembros, corre, pasea, grita y le da la bienvenida á la noche, esa gran encubridora de virtudes y vicios, la que tolera la orgía, auxilia al amor y regala el sueño....

Fray Paulino retardaba su andar, saturábase del aliento de los transeuntes, sonreía á solas de tanto ver reír; ¡pobres gentes! Y en reprimidos arranques de altruismo, oprimía su libro, el remedio para todas ellas, el remedio que les permitiría resolver sin esfuerzo y sin sacrificio el problema de salvarse á la hora última sin por eso no haber gozado antes. Repentinamente, contagiado por aquella hermosísima exuberancia de vida animal que se le subía á la cabeza de sólo aspirarla, dejóse parar por una fosforera, una chiquilla sucia y desarrapada que le ofrecía cerillos.

—Dame dos cajas—le dijo, sin necesitar ninguna, por imperiosa exigencia de comunicarse con la masa en que él era uno de tantos.

Casi con pena se sintió aislado al desembocar en la Plaza de Armas, en la que por

lo espaciosa, no había los mismos contactos y apreturas. Volvióse un segundo á considerar la arteria, que parecía arderse y desquebrajarse con sus luces y sus ruidos y violentando él su paso se lanzó por la calle del Empedradillo. En las dos de Santo Domingo, — bastante más estrechas, — de nuevo se codeó con mucha gente, pero gente del pueblo, que caminaba por las aceras y por la mitad del arroyo; familias calladas de pobres, adelante el hombre, con el chicuelo montado en el pescuezo ó dormido en la espalda, y la mujer siguiéndolos, el rebozo hasta la cabeza, muy de prisa, en la una mano oscilando el cesto mientras la otra oscila suelta, con alternativo compás de péndulo. Otros coches y otros tranvías, carros repartidores del comercio pasando con algazara de galopes y de silbidos. En el jardín de La Corregidora, fray Paulino se sentó, poniéndose á contemplar idiotamente á la tosca y horrible fachada del Ministerio de Comunicaciones; luego, lió un cigarrillo que encendió sonriendo, con los fósforos acabados

de comprar. Poco concurrido el jardín, fray Paulino disfrutó de libertad mental para prepararse á la entrevista, que no dejaba de inspirarle serios temores por el posible aunque remoto evento en que le rechazaran su obra ó se la mutilasen con los cortes y reformas que la junta calificadora propusiera. En el fondo, recelaba del clero metropolitano, que traga sólo á regañadientes á los clérigos españoles que pronto y por propios méritos se encumbran. Fray Paulino palpaba de bulto la perpétua inquina que entre sí se profesan los que ejercitan un mismo oficio. ¿Si por español le reprobasen su libro? ¿por "gachupín"?... Y acariciaba el grueso paquete, le ganaba la tentación de no mostrárselo á nadie ni acudir á la cita de su Ilustrísima; volverse mejor á su celda, soterrar en ella sus manuscritos y de ellos olvidado, continuar en el ejercicio concienzudo de su ministerio. Después, á su muerte, que publicaran su obra si querían ó la destruyesen en el supuesto contrario; pero que él no lo presenciara. Sus ansias de autor por mirarse impreso,

derrotaron á tales repulgos, y convencido de que la obra era meritoria por lo menos, tratando como trataba de sembrar la buena semilla, levantóse resuelto y penetró en la melancólica calle de la Perpétua, la que lejos de reanimarlo, le amenguó sus bríos ficticios.

¡Qué fea y sobre todo que lóbrega! Los negros paredones de la Escuela de Medicina,—la antigua Inquisición,—diríase que absorvían y se tragaban la luz eléctrica del foco de la esquina, mientras los muros de la vieja aduana, que en la sombra quedaban, ayudaban á sumir la calle en su abandono y silencio característicos; le daban su aspecto de calle de ciudad hechizada ó de ciudad muerta, cuyos habitantes yacen en sus lechos, rígidos, á oscuras, sin quien los entierre ni quien les rece.

De repente, topó con el Palacio Arzobispal y con su ferrado portón que tenía abierto el postigo; transpúsolo, y en el portal tosió, aunque sin que se le acercase alma nacida. Avanzó hacia el patio y el mechero de gas de junto al oratorio le

permitió examinar el sitio y dar tiempo á que el portero saliese de su cuarto. Á la derecha, estaba la berlina, enfundada, bajo los arcos; á la izquierda, estaban las oficinas de la secretaría, dos vidrieras cerradas que despedían débil claridad y leve rumor de voces, cual si los que adentro hablaban careciesen de permiso para hablar en voz natural y lo hicieran con sonsonete de sacristanes y beatas. De arriba, del piso habitado por el arzobispo y sus familiares, no bajaba ni eso siquiera; imperaba un silencio absoluto, más imponente que el de la calle, como si el edificio y sus moradores fuesen mudos. Junto á la secretaría, se hallaba un banco.

—¿Á quién busca usted?—le preguntó el portero muy por lo bajo y retirándose del dedo medio un agujereado dedal de sastre.

—Busco á su Ilustrísima.... Me citó para esta hora, soy el padre Paulino—repuso éste bajando también su diapasón.

—Siéntese, padrecito, voy á avisar; siéntese Ud. en la banca, ahí, sí.

Y subió suavemente á avisar, pisando

adrede la alfombra de la escalera para que se ahogasen sus pisadas; oyóse luego el abrir de una puerta, y después, nada, el mutismo de antes. . . .

Á poco, otra vez el abrir de la puerta, y el portero, desde la meseta, llamó á fray Paulino:

—Que suba Ud., padre.

Y cuando para fray Paulino se abrió la mampara del piso de arriba, no pudo averiguar cómo ni por dónde habíase evaporado el portero.

Un eclesiástico joven, muy afeitado, lo invitaba á penetrar con la mano extendida, contestando á su saludo con ceremonioso ademán.

—Siga Ud. hasta la tercera pieza y doble Ud. á la derecha; el señor arzobispo lo espera á Ud.—le dijo, y en lugar de acompañarlo, salió al recibidor cerrando muy quedo la mampara.

Hallábanse las tres habitaciones apenas iluminadas con lámparas mortecinas frente á grandes cuadros, cuyo asunto no era dable precisar, encerrados en dorados

marcos antiguos, sin reflejos, que simulaban otros tantos manchones en los muros, los que á su vez se desvanecían como si los ruborizara aquella vestidura de penumbra. Fray Paulino avanzaba con cautela para evitar un traspies en los pasillos, que á modo de sendero cavado en el suelo de soleras octágonas y sin alfombra, marcaban el camino. Advirtió, además de los cuadros, hileras de sillas junto á las paredes que ostentaban alto guardapolvo color de café; columbró cómodas de caoba, un armario, una escultura de Dolorosa bajo capelo de cristal; pero lo columbró vagamente, sin que le fuese posible decidir en cuál de las tres estancias había reparado en ésto ó en aquéllo; á la manera con que columbramos muchas cosas si una calentura entorpece el cerebro, y que luego, al recuperarnos, no logramos desenmarañar.

Sus mismos andares lo denunciaron, pues su Ilustrísima exclamó:

—Pase!—en el gangueado tono de voz, peculiar á la gente de iglesia.

Pasó fray Paulino á una extensa habita-

ción alfombrada, con más sillas todavía, siempre alineadas junto á las paredes; con ancho balcón en el fondo, y entre éste y un rinconero que sustentaba un quinqué de petróleo con globo de cristal y pantalla verde, un montón de diarios y una copa de agua, distinguió al arzobispo repantigado en amplio sillón, cubiertas sus piernas con una manta de viaje y colocándose una mano sobre las cejas, para reconocer al visitante.

—Ilustrísimo señor!—pronunció distintamente fray Paulino; y en acatamiento al ritual, se adelantó á arrodillarse á los pies de su jefe, quien le alargó la diestra, para facilitarle que imprimiese en el “pastoral” de esmeralda, el ósculo de sumisión y de ciega obediencia.

—Hola, padre Paulino, ¿qué milagro que á Ud. se le eche la vista encima?

Como fray Paulino, puesto en pie, por toda contestación se inclinase, el arzobispo suprimió ceremoniales y fórmulas:

—Sentado, padre, sentado, y dígame qué lo trae.... Yo leía, por distraerme, la recíproca y continua reyerta de nuestros

diarios católicos. ¿Ud. los lee?... ¿no?... pues puede que haga Ud. bien; son tan insulsos ó tan iracundos como los liberales..... Conque, ¿qué le ocurre á su paternidad?

Tímidamente fray Paulino mostró su envoltorio y tendiéndolo al arzobispo, le dijo:

—Ilustrísimo señor, vengo con mi libro, “Del Pecado”, concluído al fin y que para publicarse sólo espera la licencia de usted.

—La *licencia del ordinario*,—repuso de buen talante el arzobispo, intentando un juego de palabras.

—Así es, Ilustrísimo señor,—agregó fray Paulino con un conato de sonrisa que festejase el chiste.

—Á ver, hijo, á ver. Y colocándose los anteojos desató el bulto, cogió el primer pliego, inclinó su cabeza del lado del quinqué y elevando el papel á la altura de la bombilla, leyó entre dientes la portada del libro. Luego añadió:

—Me parece muy bien, muy bien, y con tal que lo apruebe el jurado.... Porque, verá usted, en Roma no son muy partidarios

de estas publicaciones hechas por sacerdotes en ocasiones, y con la intención más sana del mundo, el autor se alucina, los mismos problemas que desmenuza, á la larga, le hacen ver blanco lo negro, suministrando en contra de su voluntad, muy en contra de su voluntad, armas á los enemigos de nuestra santa madre Iglesia . . . teorías que al autor se le escapan con dos filos, que igual pueden lastimar que defender á la buena causa y que nuestros contendientes explotan ; vaya si los explotan ! con picardía grandísima Después, que dichosamente no tenemos necesidad, por ahora á lo menos, de que nuestras buenas cabezas, como la de usted,—sí, sí, yo sé lo que digo,—no tenemos necesidad, repito, de que se lancen á la palestra armados de coraza y yelmo Yo lo recomendaré á usted, porque me constan sus antecedentes, su conducta intachable, su virtud

Y por ahí continuó, con pastosa voz y persuasiva entonación, ensartando frases en la seguridad de no ser interrumpido por un subalterno ; preguntándose y respon-

diéndose él solo ; aventurando lo que más pronto le venía á la lengua y cuadrara ó no cuadrara con el asunto ; efectos del hábito, que sin advertirlo, adquieren los oradores sagrados, jamás contradichos por los fieles ; hábito tiránico que los acostumbra á aseverar errores, á exhibir falsedades, exageraciones, á recargar la mano y el color en el discurso, sin que ninguno de los oyentes ose interrumpirlos ni oponer argumentos, dudas ó resquemores.

Oía fray Paulino la prolongada arenga, procurando gravarse en la memoria, para cuando á él se le otorgase el uso de la palabra al concluir su Ilustrísima,—á quien vedado le estaba interrumpir ni con un ademán,—aquellos considerandos y opiniones que se le figuraban en pugna con su obra. De tiempo en tiempo, el arzobispo daba en el clavo, comulgaba con el autor, pues aunque no tuviera las altitudes intelectuales de fray Paulino, tenía sus miasmas de observación psicológica almacenadas en su confesonario de inferiores grados, cuando aún no lo habían honrado con la